

Luego, al regresar, cuidaría de no despertarla, y ella jamás podría sospechar nada de aquella única escapatoria.

Todo lo ejecutó conforme lo había premeditado. Doña Elvira se durmió confiada, lo mismo que otras noches, aquietados sus nervios por la compañía de Ricardo que le infundía pleno valor y hondo sosiego.

El, se vistió poco a poco, con mucho cuidado, temeroso de producir algún ruido. De vez en cuando quedaba inmóvil, escuchando con ansiedad. Nada. A través de la puertecilla de escape que comunicaba con la alcoba contigua, oía la respiración de su madre que reposaba dulcemente, sumida en un sueño profundo.

Abrió la puerta con precauciones inimaginables. En la escalera se calzó las botas, y cuando llegó a la calle, tuvo la sensación de que la luz velada de la luna difundía la claridad vivísima de un sol espléndido que llenaba de emoción desconocida su alma.

Ricardo regresó a su casa cuando comenzaba a amanecer. Dos de sus amigos le acompañaron piadosamente hasta su hogar. Subió la escalera tambaleándose, en un estado lamentable del que apenas tenía consciencia. Por instinto, penetró en su habitación, olvidándose de su madre, sin preocuparse de sofocar el crujido de la puerta... ni avanzar precavido y cauteloso... Sus pasos alborotados despertaron a doña Elvira que le vió cruzar frente a su alcoba, alumbrándose con la llamita exigua de un fósforo, el sombrero torcido, los ojos extraviados y la faz inefablemente lívida...

En toda la casa vibró el grito agudo y angustioso que profirió doña Elvira...

Ricardo continuó, impasible, hacia su dormitorio, con el cerebro embotado, como un sonámbulo que obrara influido por una fuerza extraña. A los pocos momentos quedó sumido en un sueño pesado y aletargador.

De él le arrancaron, al día siguiente, los brazos de su madre que le agitaba con desesperación, gritándole al oído:

—¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Oye! ¡Es terrible!...

Y cuando al fin logró despertarle, exclamó despavorida:

—¡Qué miedo, hijo mío! ¡Mírame, estoy como muerta! ¡Todavía me dura el temblor! ¡Esta noche se me ha aparecido tu padre! ¡No ha sido alucinación, nó! ¡Le he visto, le he visto muy bien! Se me ha presentado del mismo modo en que llegó a casa cierta noche de Carnaval que estuve aguardándole hasta la madrugada. ¡Lo mismo, lo mismo! ¡Era él...!

Ricardo recordó, de pronto, su escapatoria. ¡Dios mío! Ahora se daba cuenta de que sus amigos le habían embriagado. ¡Canallas! ¡Pobre madrecita! ¡Qué disgusto si lo supiera!

—No te sobresaltes, mamá—le aconsejó—Sí; es posible que el papá se te haya aparecido...